

VII.

FE VIVA, PACIENCIA Y FERVOR ANGELICO
DE LA NIÑA.

La confesion repugnaba mucho á su natural altivo; no obstante se confesaba con vivos sentimientos de humildad y de arrepentimiento, tanto, que á veces no podia contener las lágrimas.

La palabra de Dios tenia para ella mucho atractivo: uno de sus mas ardientes deseos era no faltar á ningun sermón, y nada le era dificultoso hacer por tal de lograrlo. Una tarde, oyendo predicar sobre el amor de Dios, no hizo mas que llorar. ¡Oh, si este sermón hubiera durado toda la noche! exclamaba con un acento muy vivo.

—Qué, le decian, ¿no tendrías compasion del predicador?

—Podria descansar un poco, y en ese tiempo predicara el padre confesor, y así que el padre confesor estuviera cansado, entonces el otro continuaria su sermón. ¡Me gusta tanto oír hablar del amor de Dios!

Otra ocasion que se predicaba del cielo,

notó Josefina que María su compañera lloraba de dicha; al salir del coro dijo á una de las religiosas:

—¿Viste á María cómo lloró en el sermón?

Respondió la hermana:

—¿Por qué llorar cuando se oye hablar del cielo?

—Qué, ¿tú no lo sabes? replicó la niña muy admirada; no es de miedo de perder el cielo por lo que se llora; no, es porque el corazon es muy feliz, y cuando se siente esa felicidad es necesario llorar á vista de tauta dicha.

Su confianza en Dios no era menos admirable: cuando comenzaron los trastornos políticos no dejamos de tener nuestra afliccion, pensando que tal vez pronto nos obligarian á dejar nuestro amado domicilio. Josefina era nuestro ángel consolador. No, no saldremos; tranquilícense vdes., hermanas mias, la santísima Virgen nos ayudará; las hermanas han recibido á las niñas negras, y el Señor no las arrojará de su casa; no, Jesus me dice en el corazon que no saldrán ustedes.

—Hija mia, le decia á algunas veces una hermana mas sobrecogida que las otras, ruega mucho al Señor, y ofrécele tus pade-

oimientos para obtener la gracia de permanecer aquí.

—Pierde cuidado, yo te digo que no saldremos.

—Sin embargo, si Dios lo permite, será necesario resignarse á salir.

—Pues bien, respondió la niña con tono resuelto, serio y casi de repreusion, tú, guarda tu miedo, y yo guarda mi confianza.

En efecto, su confianza no ha sido vana; gracias á Dios vivimos en paz en la casa del Señor.

Nuestra Josefina tenia un presentimiento cierto de que su vida seria corta, por lo cual se daba prisa á aprovecharse del poco tiempo que le quedaba; no perdía ninguna ocasion, por pequeña que fuese, de merecer para el cielo.

Una hermana leia junto á su lecho los *Anales de las niñas negras*, cuando levanta los ojos y ve á Josefina con el rostro bañado en lágrimas.

—¿Por qué lloras, hija mia? ¿Te sientes muy mala?

—No, lloro porque lees que las otras niñas negras hacen muchas penitencias, muchos ayunos; y yo, pobrecilla, no hago nada. ¿Cómo, pues, entraré al cielo?

Fué necesario para consolarla, hacerle

comprender que Dios, negándole la salud, no exigia penitencias, sino la paciencia en los males que le enviaba. Y lo comprendió tan bien, que su paciencia no se ha desmentido jamas: solo una vez se le oyó exclamar en un dolor excesivo: Ya no puedo mas. Despues de eso, lo que le sucedia era derramar lágrimas; pero no podia arrebatar á su corazon el amor á los sufrimientos.

Poco tiempo despues de su primera comunión se le hicieron los dolores mas violentos; su maestra, temiendo que hubiera de permanecer en el lecho, le encargó pidiera á Dios que pudiera permanecer en pié al menos algun poco de tiempo. Al dia siguiente comulgó Josefina, y despues dijo á su maestra:

—Esta mañana he dicho á Jesus que si quiere hacerme padecer, paciencia; pero que al menos me conceda permanecer en pié para no molestar á las hermanas.

Su oración fué escuchada por un poco de tiempo, y despues, agravándose sus males, la obligaron á guardar cama. Le recetaron unos baños, con los cuales creiamos se restableciera su salud; pero no fué así, sus males continuaron, en particular la tos, que algunas veces era muy violenta: así estuvo en continuas alternativas hasta el fin

del otoño de 1854, en ese tiempo se le formó abajo del estómago un tumor que la hacia padecer mucho.

Ignorando lo que eso podria ser, quise consultar al médico, y Dios permitió para acrecentamiento de los méritos de su sierva, que no conociesen la verdadera naturaleza del mal: se creyó que habia una ruptura interior, y para detener las molestas consecuencias, se puso á la paciente un cinturón de fierro, el cual apretaba tan fuertemente á la niña, que le hacia sufrir dolores indecibles: la violencia del dolor le arrancaba algunas veces lágrimas, pero nunca una queja. Ofrecia todo á Dios, siempre dichosa y feliz de padecer por su Jesus que habia padecido tanto por ella. Soy muy dichosa en padecer, exclamaba la heroica niña, para llevar la cruz con Jesus; yo sufro, pero tendré grande gloria.

Una hermana por compasion le dijo:

—Si yo pudiera, querria por aliviarte tomar una parte de tus males.

—Si tú tomaras una parte de mis males, Jesus te daria tambien una parte de mi gloria; ¡oh no, muchas gracias! para mí todo mi mal, y para mí toda mi gloria. Soy muy dichosa en padecer tanto, porque tendré mayor gloria.

Finalmente, conocido su verdadero mal, se le aplicaron varios medicamentos, pero sin buen éxito: fué necesario hacerle una operacion á la cual costó algun trabajo resolverla á prestarse, pues solo la vista del instrumento la hacia estremecer; pero el amor de Jesus la hizo sobreponerse á sus temores y se sometió á la dolorosa operacion sufriendo con grande paciencia. Despues de la incision quedó tan débil por la pérdida de los humores que corrian en abundancia por la herida, que no podia levantar la cabeza; eso la affigió mucho, porque temia perder el conocimiento. Se le dijo para consolarla que en estado de gracia, aún cuando perdiera el conocimiento, su alma, al salir de esta vida iria al cielo.

—Sí, respondió Josefina, pero no podria recibir los santos sacramentos.

Acogia con mucha bondad á las hermanas que llegaban á visitarla y sabia conversar con tino.

Un dia, oyendo tocar todas las campanas de la ciudad, preguntó:

—¿Qué es eso?

—Es el anuncio de la muerte de nuestra reina.

En aquel momento llevaban la sopa á Josefina.

—¡Pobre rey! exclamó la niña, no tendrá ganas de comer. Si yo me hubiera muerto estaría muy contenta en el cielo, y el rey no lloraría mi muerte.

El 26 de Febrero de 1855 llegó al convento el padre Olivieri con un padre trinitario que le acompañaba: traían otras dos niñas negras que habíamos pedido; y con permiso de monseñor entraron en el claustro para ver á nuestra enferma. Luego que percibió á su querido *Abuya*, derramó lágrimas de gozo; despues estrechando entre sus brazos á sus nuevas compañeras, exclamó con santos trasportes:

—¡Oh dicha! ¡oh dicha! dos niñas negras mas para el cielo.

Y desde ese momento se hizo su amiga, su intérprete y su maestra. Si se les escapaba á las niñas infieles alguna palabra descompuesta, inmediatamente las corregía con dulzura:

—No, eso no está bien, el árabe habla así porque no está bautizado; pero el cristiano como tiene á Jesus en su corazón, no dice esas palabras: ustedes, á quienes el Señor ha conducido aquí para hacerse cristianas, deben aprender á hablar como los cristianos; estos no dicen malas palabras.

Quando sus males lo permitian, explica-

ba el catecismo á sus dos discípulas, las enseñaba á leer, á trabajar y á formar aspiraciones piadosas, sobre todo para pedir á Dios la gracia del santo bautismo. Exigia de ellas el mayor cuidado en el recogimiento y la modestia; pues Dios lo ve todo, les decia.

VIII.

SU CONFIANZA EN SAN JOSE.

En la primavera estuvo algun tiempo restablecida su salud; pero no podia permanecer en pié, y era necesario llevarle la comunión al lecho: pocos dias antes de la fiesta del señor san José, el 19 de Marzo, habia recibido Josefina el Pan de los ángeles; mas era tanto su deseo de recibirlo el dia de su santo patron, que para consolarla le dije que se le llevaria allí á Dios. Entonces llegó su gozo al colmo, desde la vispera ya no cabia de alegría.

—¡Qué dichosa soy! decia á las herma-

nas que iban á verla, ¡qué dichosa soy! mañana recibo á Jesus, ¡ah, qué dicha!

Despues, dirigiéndose á la hermana enfermera, exclamó:

—¡Si tú vieras cómo late mi corazon! ¡oh, esta noche no duermo! Jesus, haz que amanezca pronto para que vengas á mi corazon.

Hablando así la seráfica niña, cruzaba los brazos sobre su pecho como para comprimir las palpitaciones tan violentas de su corazon abrasado.

En la tarde, á la hora del sermon, tuvo que dejarla un instante la hermana que la asistia, y de vuelta la encontré sentada en su lecho con las manos y los ojos levantados al cielo, con un ademan mas angélico que humano, derramando su corazon en tiernos coloquios con su santo protector. Su voz era tan fuerte y sus trasportes tan violentos, que se hubiera creído que veia el cielo abierto:

—¡Oh, san José! exclamaba, ¡oh san José, qué hermoso eres! ¡Oh Jesus, oh María! ¡oh vosotros todos, ángeles del paraíso, qué bellos sois! San José, ven presto á llevarme, llévame al cielo á gozar como tú; ya no quiero estar aquí: ¡al cielo, al cielo en tu compañía! allá todo es bueno, nada malo;

¡siempre ver á Jesus, ver á María, ver á los ángeles! ¡Sin necesidad de comer ni de dormir! gozar siempre! siempre!

Mas, ¡oh san José, concédeme que el año próximo en tu fiesta no esté ya aquí, quiero celebrarte en el cielo!

Se puede decir que sus votos fueron escuchados, porque murió el año siguiente, poco mas de un mes despues de la fiesta del santo Patriarca.

IX.

EL HABITO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Un dia me dijo nuestro angelito:

—Quisiera decirte una cosa que tengo muy fija en el corazon; pero temo que te parezca mal: si no te parece bien, paciencia, yo haré con mucho gusto lo que quiera mi mamá.

—Qué, ¿tienes algun pesar, alguna pena?

—No, mamá, quiero suplicarte, si te parece, que me permitas hacer voto á la san-

tísima Virgen de traer hábito azul durante un año.

—¿Quién te lo ha aconsejado?

—Nadie, ninguna persona; mi ángel de guarda me lo ha inspirado.

—Pero ¿por qué quieres hacer ese voto?

—Para que la santísima Virgen me alcance, ó morir este año é ir al cielo con ella, ó sanar un poco para poder servir á las hermanas (lo primero le fué concedido), me gusta mucho servir á las hermanas.

Yo creí deber acceder á su piadoso deseo; y el 8 de Diciembre de 1855, dia de la Inmaculada Concepcion, despues de haber comulgado, se vistió las libreas de María. Ella miraba con mucho gusto su nuevo hábito azul y lo besaba con ternura:

—¡Querido hábito de la santísima Virgen, decia, qué dichosa soy en haberte vestido! La santísima Virgen, me ha obtenido esta gracia, y espero que mas tarde me alcanzará la de recibir el velo. (1) ¡Santísima Virgen, tú eres verdaderamente mi buena mamá!

(1) Así sucedió, como despues veremos.

labras devotas, en lágrimas de ternura y en

SANTIDAD CRECIENTE DE LA NIÑA MARTIR.

Los dias de la virtuosa niña se pasaban en medio de dolores y al mismo tiempo de paciencia; su piedad era tan tierna como sólida, y la frecuente comunión era para ella el alimento mas sustancioso.

—Sí, quiero siempre escuchar á Jesus, habia dicho despues de una comunión obtenida á costa de un penoso sacrificio.

—Ruega por mí, le dijo su maestra, para que yo tambien pueda pensar mas en Jesus.

—¿Pues en qué piensas tú, respondió sencillamente la niña, si no piensas en Jesus?

Entrando una vez una hermana á su recámara, encontró á Josefina con las manos y los ojos levantados al cielo:

—¿Qué estás haciendo?

—Ruego por los árabes.

Tenia grande compasión por los pecadores, y ofrecia muchas veces sus crueles padecimientos por la conversion de estos desgraciados.

Sin que ella lo supiera, se le oyó pedir á

nuestro Señor que se dignase enseñarla á llevar la cruz.

—Jesus mio, enséñame á llevar bien la cruz, porque yo sola nada sé.

Una mañana despertó con los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos:

—¡Quién sabe si quedaré ciegal paciencia, ya no veré las faltas de los demas; mejor quiero perder la vista que perder el conocimiento, porque si pierdo el conocimiento no podré ya pensar en Jesus, hablar de Jesus y con Jesus, ni podria recibir los santos sacramentos.

Pocos dias despues, recobrando algunas fuerzas, comenzó á levantarse; pero no podia estar en pié, porque la hinchazon hizo tales progresos, que ya no se sabia qué medios emplear: estando en pié veia sus piernas y el vientre que se hinchaban de una manera desmesurada, y el rostro lo tenia monstruoso: sin embargo, estaba tranquila y no se ocupaba mas que en el cielo. Un dia le dijo la hermana enfermera:

—¿Con que tú pretendes siempre ir al cielo? irás cuando Dios lo quiera.

—Sí, dijo la niña; pero cuando hablo de ir al cielo entiendo que voy en espíritu y luego vuelvo aquí.

Así anduvo Josefina hasta media cuares-

ma del año de 1856, haciéndose mucha violencia para permanecer en ayunas y levantarse para recibir la santa comunión. Aunque esta niña fuese una de las mas bien formadas, sus enfermedades la habian hecho casi deforme; las personas que la conocieron cuando vino á nuestra casa sentian despues la mas viva compasion.

—¡Pobre Josefina! decia una de las hermanas mirándola con ojos compasivos, ¡pobre Josefina, ese cuerpecito tan bien hecho, cómo está ahora!

—Por mí, respondió inmediatamente la niña enferma, poco me importa que mi cuerpo esté deforme, pues que va á la tierra; basta que mi alma esté bella para que vaya al cielo. Yo puedo agradar á Jesus aun con un cuerpo deforme.

Un dia en refectorio comenzó á llorar y no comia.

—¿Qué tienes? le preguntó la hermana que estaba junto á ella.

—Lo que tengo es que estoy oyendo ¡cuánto ha sufrido Jesus por mi amor!

Otro dia, oyendo leer la vida de un santo, dijo:

—¡Oh, qué santo, cuántas penitencias ha hecho, y yo no hago nada!

Testigo asiduo de las operaciones de la

Meine Virgen de tener hábito azul duran-

divina gracia en el corazon de una una niña y de tanta prudencia en una edad tan tierna, no volvia en mí de admiracion: ¡oh, Dios mio! decia yo, ¡qué grande sois en vuestras obras!

Fuertes temores interiores la arrojaban en terribles angustias:

—Tengo mucho miedo al demonio, decia entonces, ¡es tan fea esa bestia!

Si sucedia que en la lectura de la mesa se nombrase al demonio ó al infierno, inmediatamente se estremecia de horror.

—Ya no tengo ganas de comer, el demonio y el infierno me causan miedo.

Verdad es que con pocas palabras de su confesor ó mias bastaba para calmarla.

Un dia á la hora de completas, fué asaltada de un tan violento dolor de cabeza, que creia desmayarse; sin embargo, se animó y fué á confesarse y á visitar al Divinísimo; al salir de coro se le queria llevar al lecho; pero pidió licencia de hablarme, y no sabiendo dónde estaba, le dijeron que se acostara, prometiéndole enviarme á donde ella estuviese. A ese tiempo pasaba yo por el claustro con el señor capellan que venia á ver á una enferma; la pobre niña luego que me vió, gritó:

—Mamá, mamá, ven acá, hazme ese fa-

labras devotas, en lágrimas de ternura y en

vor; ven acá, tengo mucha necesidad de hablarte.

—Sí, sí, dentro de pocos instantes estoy contigo, le dije; pero la niña me llamaba con mas fuerza.

—¡Mamá, mamá! (y los sollozos interrumpian su voz.) Mamá, hazme el favor de venir, tengo mucha necesidad de tí.

Ya no pude hacerla esperar mas, me despedí del señor capellan y me llevé á Josefina á mi pieza donde estuvimos conversando algun tiempo: ella solo me habló de sus temores respecto de la salvacion eterna, y sus expresiones eran tan tiernas que no podia dejar de mezclar mis lágrimas con las suyas. Despues de haberla tranquilizado, la entregué á la hermana que debia ponerla en el lecho, á la cual enseñó una imagen de la santísima Virgen, y la reliquia de un santo mártir que yo acababa de darle:

—Yo rezaré á ambos, le dijo, y si es voluntad de Dios, sanaré; ¡qué fortuna de haber hablado á mi mamá! ya no tengo miedo del demonio, porque dice mamá que de seguro voy al cielo, y si sufro con paciencia no voy ni al purgatorio, sino derecho al cielo, ¡ay, qué dichosa soy!

Despues de eso, aunque se le disminuieron las punzadas de la cabeza, queria yo

Último Vespas de tuos hábito azul duran-

ponerle un vejigatorio en el brazo; mas la pobre niña tenia tanto miedo á esta clase de medicinas, que obligarla en el estado de desfallecimiento á que sus males la habian reducido, no lo podia sufrir mi corazon: mas hé aquí lo que ocurrió á la hermana enfermera. Despues de haber preparado el vejigatorio, vino á decir á la enferma:

—Oyeme: mamá desea un favor de tí, ¿no quieres hacérselo?

—¿Qué favor desea?

—Voy á decírtelo; pero no comiences á llorar, pues no quiere obligarte.

—¡Ahl sí, sí; comprendo, comprendo; tú quieres ponerme un vejigatorio. ¡Ayl me desuellas y eso me da mucho miedo.

—Bien, pues dejémoslo

La enferma reflexionó algunos instantes, y despues dijo con resolucion:

—Me dejaré por obediencia; Jesus va á darme su bendicion.

En el instante se le aplicó la medicina y pasó la noche tranquila; pero luego que amaneció, dijo á la enfermera:

—No he podido dormir en toda la noche.

—Qué, ¿te dolia mucho el vejigatorio?

—No, no es por eso, sino porque estoy tan contenta, por haber obedecido, que toda

labras devotas, en lágrimas de ternura y en

la noche rebosaba mi corazon de alegría, y me figuraba que me decía Jesus que estaba contento de mí porque habia obedecido.

El vejigatorio le acabó de aliviar el dolor de cabeza; pero el humor se pasó al brazo derecho, donde poco á poco se formó un tumor que hizo sufrir mucho á la pobre niña. Se le aplicaron unas friegas, las cuales no dieron buen resultado, lo hinchado crecia visiblemente, y todo aquel aumento de males lo sobrellevó Josefina con nuevo valor. Durante la noche sufría mas, por lo que le encargaba la caritativa enfermera que le hablase siempre sin temor de molestarla; mas la enfermita nunca lo hacia, por no turbar su reposo y perjudicar su salud, fuera del caso de extrema necesidad.

En la mañana le preguntaba la enfermera cómo habia pasado la noche:

—He dormido poco, decia, porque me ha dolido mucho el brazo; pero he dicho mas de cincuenta veces: ¡Que se haga la voluntad de Dios!

Tales eran, en medio de tantos males, las fervientes y continuas aspiraciones de esta alma angélica.

Antes que se retirase la enfermera, le decia Josefina con mucha gracia:

—Vete tranquila, pues ne me quedo so-

la, estoy con Jesus, con María y con mi ángel de guarda; dame tambien un libro y ya no necesito de nada.

Una mañana dispertó con unos trasportes extraordinarios:

—¡Esta noche, exclamó, he estado tan largo tiempo en el cielo!...

—¿Y qué has visto? preguntó la hermana.

—He visto una hermosísima Señora con otras muchas, y yo le dije: Santísima Virgen, yo no sufro tanto como Jesus, yo quisiera, como él, una corona de espinas en la cabeza, los clavos en las manos y en los piés y una lanza en el corazon. La santísima Virgen me dijo:

Piensa en la pasion de Jesus; sufre todavía un poco con paciencia, y despues yo vendré por tí para llevarte al cielo conmigo.

Inmediatamente pidió un libro que tratase de la pasion, y al estarlo leyendo no podia contener sus lágrimas.

—¡Oh, cómo me ayuda este libro á sufrir bien! prorumpia á cada momento.

Es necesario notar que estos piadosos sentimientos, no eran jamas provocados por nadie; lejos de eso, se le contrariaban mucho, y le repetian á menudo que la verdadera piedad no consiste solamente en pa-

labras devotas, en lágrimas de ternura y en desahogos afectuosos, sino sobre todo en hacer siempre la voluntad de Dios, renunciando á la suya propia, y en sufrir con gusto por amor del Señor, segun la enseñanza y ejemplos de nuestro divino Salvador. Estas eran las lecciones que continuamente se le daban, tanto que un dia que parecia estar muy mortificada, y despues de un momento de silencio, dijo con mucha dulzura á la persona que le predicaba:

—¡Pero yo tambien tengo grandes deseos de padecer! y si Dios me envia mas males, estaré muy contenta, pues he prometido á Jesus no hacer mi voluntad.

Un dia, dirigiéndose á la hermana que la asistia de dia y de noche, y casi con las lágrimas en los ojos, le dijo:

—¡Perdóname tantas molestias que te he dado! jamas hago tu voluntad prontamente, te hago levantar tantas veces, no te dejo ni dormir, te fatigas, subes muchas veces las escaleras y estás mucho tiempo, en pié por mí.

—En efecto, respondió la hermana por probar á la santa niña, en efecto, si tú quisieras renunciar un poco á tu propia voluntad, no harias cosa mejor, pues eso agradaria mas á Jesus: por lo demas, no te mor-

tífiques, yo te quiero y te sirvo con gusto.

Interrogada por la hermana, si queria tal ó cuál cosa:

—Dime tú lo que debo hacer, respondia, pues si yo lo digo, hago mi voluntad.

Respecto de esto se hizo mucha violencia, y logró maravillosamente cada dia nuevas victorias. Si algunas veces no estaba el espíritu tan pronto para sofocar los gritos de la carne crucificada, la reparacion de esta falta no se hacia esperar. La pobre mártir se confundia inmediatamente en actos de humildad y de arrepentimiento, confesaba su pretendida falta, derramaba abundantes lágrimas de temor de haber desagrado á su Jesus; en una palabra, la vivacidad de su arrepentimiento era tal, que fué necesario consolarla y animarla. Además, estas fueron las únicas faltas que tuvo, y se veia que bastante las habia expiado para creer que despues de su muerte pasaria inmediatamente su alma al cielo.

SU HEROICA RESIGNACION EN MEDIO DE LOS
MAS ATROCES DOLORES.

El mal del brazo se agravaba cada dia, los dolores eran mas y mas vivos y la pobre niña no podia ni dormir ni comer ni ocuparse en ningun quehacer por ligero que fuese; y siendo tan amante del trabajo, viéndose forzada á estar sin hacer nada, le causaba alguna tristeza su estado. Con la esperanza de que sanara, se le aplicaron toda especie de remedios; pero todo fué inútil, por lo cual se hizo necesaria una segunda operacion. Luego que vió al cirujano, comenzó á llorar la pobre niña, pues ya hemos dicho que la vista de un instrumento cortante le causaba gran miedo: sin embargo pocas palabras bastaron para decidirla á hacer ese nuevo sacrificio, sufriendo la dolorosa operacion sin dar ni un suspiro ni proferir una sola palabra, ni aún quiso que se le sostuviese el brazo.

Desde ese dia, lejos de mitigarse sus penas, aumentaron de una manera espantosa, añadiéndose á todos los otros males una tos muy fuerte, diferente de la acostumbrada:

los accesos siempre graves, eran mucho mas violentos como á las ocho de la noche, continuando así una hora sin la menor interrupcion. Una noche le sobrevino una hora antes, y le duró cuatro horas con tanta tenacidad y tan fuertes convulsiones que á cada instante creíamos verla ahogar: con gran trabajo se le hacia pasar alguna medicina con la esperanza de aliviarla un poco; pero ¡vana esperanza! La tos no cesaba, oyéndose hasta muy lejos los esfuerzos convulsivos de la pobre niña, lo cual destrozaba horriblemente nuestros corazones.

Admiremos aquí el poder de la gracia.

Siendo presa de tan atroces convulsiones, que aumentaban cada vez mas, con la herida del vientre abierta por la violencia de la tos, y el paladar irritado por tantos remedios, no se notaba en la heroica niña ni el menor acto de impaciencia, ni una lágrima ni un gesto ni otra señal cualquiera que pudiese trasparentar una sombra de disgusto ó fastidio por tantos padecimientos. Siempre con calma y tranquilidad, apenas pasaba el acceso continuaba la conversacion con tanta dulzura y paz, como si no hubiera sufrido nada.

—He servido muchos años en la enfermería, he asistido muchas hermanas, he

visto padecer con una fe y una paciencia admirables; pero con tanta calma en una edad tan tierna, ¡eso es muy sorprendente! Así hablaba una hermana que acompañaba á la enfermera, y su emoción era tan grande, que no pudiendo dominarla se derretia en lágrimas.

En fin, á una hora avanzada de la noche se pudo dormir la pobre enferma; y al despertar dijo á la hermana:

—Anoche, cuando tenia tanta tos y tú me dabas remedios tan malos y tan amargos, yo los tomaba con gusto, porque pensaba constantemente en la hiel que Jesus gustó por nosotros, así no me parecian amargos ni malos sino muy buenos.

El estado de Josefina empeoraba de una manera sensible, por lo cual necesitaba de una asistencia especial.

—Hija mia, le dije, ¿no quisieras ir á la enfermería?

—Lo que tú quieras, mamá, respondió con la dulzura de un ángel, eso quiero yo: haz lo que te agrade, querida mamá, lo que complace á mi mamá eso me complace á mí.

Dos dias despues la hice llevar á la enfermería, donde permaneció hasta su muerte. Hé aquí á nuestra amada Josefina ten-

dida en su lecho como en una cruz, inmóvil hacia ya diez días: una hinchazón extraordinaria y verdaderamente monstruosa había puesto su cuerpo inconocible; con gran trabajo y á costa de agudos dolores lograba mover la mano izquierda; progresando sus males con convulsiones y variaciones continuas, no se sabia ya qué hacer para darle algun alivio.

A consecuencia de la excesiva hinchazón del cuerpo se le habían formado varias llagas que le supuraban con abundancia: ¡cruel tormento, al cual ningun miembro se escapaba! solo su vista recordaba á Job. Ocho aberturas deformaban su cuerpo, y el resto parecia en plena disolucion: entonces ¿cómo hacer para no lastimarla en los servicios mas indispensables?

Lo que tuvo que sufrir en ese estado, no cabe expresarlo: dolores muy agudos en las entrañas y en el cerebro, desvanecimientos continuos, vómitos violentos y calofríos seguidos de ardientes calenturas: hé aquí su pan de cada día, hé aquí el lastimoso espectáculo que desgarraba nuestros corazones y llenaba nuestros ojos de lágrimas.

XII.

LOS ULTIMOS DIAS DE LA NIÑA NEGRA.

La paciencia y el valor de Josefina aumentaban con sus crueles dolores. Su rincón en la enfermería era una escuela de heroísmo cristiano: estaba tendida en su lecho de tormentos, lo mismo que hubiera podido estarlo en uno de rosas; jamas hablaba de sus padecimientos á menos que no se le preguntase, y aún así lo hacia muy brevemente y sin manifestar la menor compasion por sí misma; apretaba con todas sus fuerzas entre sus manos al crucifijo, y mientras mas vivos eran sus dolores besaba con mas ardor las llagas de su Jesus; este era el solo alivio que ella se procuraba.

Así sufría en silencio con amorosa resignacion.

—Cada pena que soportas con paciencia por amor de Jesus, le deciamos algunas veces, es un nuevo florón que añades allá arriba.

Entonces brillaba en su rostro afligido una sonrisa de celestial dulzura.

Una angélica modestia hacia el carácter distintivo de Josefina: su delicadeza respec-